



Manuel Longares

La escala social



MANUEL LONGARES

La escala social

Galaxia Gutenberg

Publicado por
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: septiembre de 2022

© Manuel Longares, 2022
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2022

Preimpresión: María García
Impresión y encuadernación: Sagrafic
Depósito legal: B 12258-2022
ISBN: 978-84-19075-54-3

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

Formato

Componen este libro sesenta narraciones, repartidas en cinco capítulos de doce historias cada uno. No existe entre ellas relación argumental y ninguna supera las doscientas palabras. Son requisitos que, además de singularizar este proyecto, influyen en el desarrollo de la idea, el suceso o la intriga que sustentan el entramado de la fabulación.

En el mínimo espacio otorgado a la anécdota y a lo largo de un discurso que no admite punto y aparte, estas historias adoptan el carácter experimental que les transmite su género literario de referencia, el cuento. Una desazón acompaña al lector mientras lee y cuando termina le conduce hacia el reino infantil de las seguridades para cerciorarse de que nada se ha movido en su entorno, aunque algo parezca alterado para siempre.

Sostienen los preceptores que estas historias no llevan a ninguna parte. Pero en eso reside su aquel. Entre tantas vacilaciones, se impone la certeza de que ya no leerá estas líneas el crítico Javier Goñi (1952-2022), mi amigo durante muchos años.

AURORA

*¿No es acaso la clemencia un balido de
impotencia?*

*¿No os parece impertinencia lo que
llamáis inocencia?*

*¿Hay inconsciencia en la ciencia o es sólo
incompetencia?*

Paciencia, mucha paciencia.

Sepulcro

Siempre me gustó este cementerio con su escolta de cipreses. Tanto, que poseo una tumba en el pasillo central. La contrató mi enfermera al empeorar mi salud: Noventa y nueve años de vigencia y tributación relamida. Como propietario de ese espacio, puedo visitarlo a mi antojo e incluso programar unas vacaciones. Mi carácter templado, enemigo de murmuraciones y escándalos, acepta convivir con tanto muerto entre responsos, ramos de flores y paletadas de tierra de los sepultureros. Sin mover un músculo las recibo de día, cuando adopto en mi cobijo la rigidez de un difunto, acostado con los brazos sobre el pecho. De noche estoy más relajado y bajo la imponente bóveda de estrellas me siento en la gloria, como si este sepulcro de temporada fuera el de mi descanso eterno.

Giratorio

Redondo es el punto, redonda la tierra, retoza rotundo el aro ovalado que rueda por la acera de la mano amiga de la niña hechicera. No rehúyas la ronda del rondó, revolera, porque de un revolcón te relegarán a la escalera del rincón. Repiten las parranderas la oración a san Pascual bailón y cambia la suerte del danzante cuando la cofradía de jubilados echa los dados. Concertado el vals, tomo tu mano y con la otra en tu cintura marcamos los giros de la composición del tres por cuatro. Bajo cielos transparentes salvamos fronteras, desde París alcanzamos Venecia y remontando el Danubio regresamos a Viena para volver por Alemania junto a la noria del Sena y de ahí a la ruleta circular de Montecarlo, donde en la aurora de un nuevo día, lealmente te aconsejo: «Vida mía, no le des más vueltas».

Calmante

Cuando se piraron los colegas le pregunté: «¿Qué me das?». A un tenorio de mi casta le sobran recursos para achicar espacios porque, como sabe la cátedra futbolera, si pasa el balón no pasa el hombre. «¿Qué puedes darme, bellezón?», insistí, alumbrando fantasías inéditas en su comportamiento por tierra, mar y aire. Horas la mantuve pendiente de mi osamenta hasta que, como buscando el penalti, se derrumbó, pero no me dio la oportunidad de contraatacar con el partido a partido porque sin mirarse lesiones se largó a su cuarto. Cuando reapareció, repetí: «¿Qué me das que yo no tenga?». Esperaba recibir transversalidad o bandurrias, pero me prescribió Paracetamol. Llevaba el medicamento en la mano y en sus labios la receta de una pastilla al acostarse y mañana como nuevo.